

CONFERENCIA XXIV

LA SAL DE LA TIERRA

1. **Un solo hombre vale á veces todo un pueblo.**—Al leer la historia de David y de Goliath, ó la de Judit y Holofermes, muchas personas se han hecho sin duda alguna esta pregunta: «¿Cómo se comprende que la muerte de un solo hombre haya podido hacer perder repentinamente la cabeza á semejantes ejércitos, y reducirlos á la fuga ante algunos judíos, á los que ellos hubieran podido fácilmente coger en una red de pescador? ¿No eran bastante numerosos los soldados de que se componían para poder prescindir de este hombre?»

Evidentemente no, puesto que la pérdida de un solo hombre entrañaba la de todos. Era aquel un hecho contra el cual nada se podía hacer.

Pero tampoco hay que asombrarse de ello.

Sabemos perfectamente que Aquél que dió al niño y á la débil mujer semejante valor, podía con la misma facilidad introducir el desorden entre aquellos hombres.

Sin embargo esto está ya fundado en la naturaleza de las cosas. «Macedonia mostró dos veces lo que puede hacer un solo hombre—dice Plinio.—Cuando Alejandro la gobernaba, sometió en pocos años al mundo entero; y luego, tan rápidamente sucumbió á los golpes de Paulo Emilio, que en un solo día, 72 ciudades fueron vendidas con su población». ⁽¹⁾

Lo mismo ocurre siempre en el mundo. «Gente hay mucha—dice Herodoto—pero hombres pocos». ⁽²⁾ Un peque-

(1) Plinius, 4, 17 (10), 6.

(2) Herodot., 7, 210, 2.

ño ejército, resuelto y bien dirigido, pone en fuga á masas considerables, á la manera como un niño pesca ranas. De aquí que se haya dicho: «Hiere al pastor y se dispersarán las ovejas». ⁽¹⁾

Donde no hay un espíritu superior que piense y obre por todos, se producirá la ruina con seguridad tanto mayor cuanto que los individuos creen poseer el espíritu de consejo y fortaleza.

En cambio, un ejército, por pequeño y débil que sea, sólo tiene necesidad de estar fuertemente unido y poseer un espíritu superior que lo abarque todo, para ser invencible.

Los numantinos lo comprobaron á sus costas en el sitio memorable de su ciudad, la cual, en materia de atrocidades, sólo tiene igual en Jerusalén. Al principio infligieron á los romanos derrota tras derrota; pero cuando Scipión Africano tomó el mando de las tropas, cambiaron las cosas. «¿Cómo es posible volver la espalda á gentes á quienes con tanta frecuencia hemos puesto en fuga?»—se preguntaban los jefes numantinos.—Y uno de ellos respondió con tristeza: «Sí, las ovejas son las mismas, pero otro es el pastor». ⁽²⁾

El valiente soldado quería decir: «Hay hombres que valen por un ejército; no tememos á los soldados, pero nos inclinamos ante el general».

Una alma heroica es siempre la que sabe apreciar mejor un héroe. De aquí que, en la antigüedad y en los tiempos de la caballería, cambiasen sus armas los adversarios, y manifestasen su respeto á los que lealmente habían vencido.

Desde que el heroísmo y el sentimiento del verdadero honor han desaparecido de los pueblos, consúmense éstos en impotente rabia, como si se tornasen mejores denigrando á los demás.

2. **¿De dónde procede la obligación de honrar á**

(1) Zach., XIII, 7.

(2) Plutarch., *Reg. et imperat. apophthegm. Scipio Min.*, 21.

los santos?—Si esto es así, nosotros, católicos, no tenemos por qué avergonzarnos del culto que tributamos á nuestros santos.

El que no sabe apreciar á un hombre importante, nada le arrebatara de su honor; sólo perjudica el suyo.

Todo hombre de honor pagaría á precio de oro á un hombre honrado, y se ha dicho de la mujer fuerte que no sería pagarla demasiado cara «yendo á buscar el precio á las extremidades de la tierra». ⁽¹⁾

¿Cómo, pues, estimar á un santo en su justo valor?

Como hombre completo,—y todos son hombres completos—vale el mundo entero; como cristiano completo, y como imagen del hijo de Dios, vale el cielo entero.

Así, pues, jamás se venerará demasiado á un santo. Síntoma inquietante sería para nosotros, que probaría que hemos perdido todo sentimiento de la verdadera grandeza y del verdadero heroísmo, si no supiésemos estimar ya á nuestros santos.

¿Qué pensaríamos de un soldado de Alejandro ó de César que no se adheriese con entusiasmo á su jefe? ¿No diríamos que era indigno de seguir el estandarte de semejante hombre? Ahora bien, ¿qué es lo que tales jefes hicieron por sus soldados? Condujéronlos al triunfo y á la gloria, pero no les dispensaron de soportar las miserias y afrontar los peligros.

Pero los santos no sólo son nuestros jefes, sino también los campeones que se han lanzado por nosotros á la lucha, que han hallado todos los obstáculos que el infierno y el mundo han puesto en nuestro camino, que han escalado los primeros el muro de la fortaleza del cielo, que han apartado de nosotros todo el furor del enemigo para concentrarlo sobre ellos.

¿Y no los aclamaríamos con todo el júbilo de que somos capaces? Exigir esto de nosotros, sería pedirnos que renegásemos de nuestra naturaleza y extinguiésemos en nuestra alma todo aliento noble. Pero esto no ocurrirá jamás.

(1) Prov., XXXI, 10.

Mientras seamos católicos, admiraremos sinceramente las grandes acciones de nuestros santos, y no tememos adelantarse que el solo hecho de pensar en ellos nos llenará de los sentimientos que animaban á los soldados del bravo y piadoso Tilly: «El entusiasmo se apoderó del ejército—dice Balde—como si un ser sobrehumano hubiese atravesado sus filas. Todo eran gritos, choques de armas y sonidos de trompetas, que repercutían en bosques y colinas». ⁽¹⁾

También nosotros tenemos motivos sobrados para aclamar de este modo á nuestros santos, porque sabemos lo que son para nosotros. Son el ojo para el ciego, el pie para el cojo, ⁽²⁾ la luz para los ojos, el bastón para la vejez, el consuelo de la vida, ⁽³⁾ el antemural de la patria, ⁽⁴⁾ el escudo que aparta la cólera de Dios irritado contra nosotros á causa de nuestros pecados, ⁽⁵⁾ estrellas del cielo que nos indican el camino para llegar á Jesucristo, ⁽⁶⁾ modelos de perfección, copias del Salvador, moradas de Dios entre los hombres, ⁽⁷⁾ el carro de Israel y sus conductores al propio tiempo. ⁽⁸⁾

¿Qué hacemos, pues, al honrar á los santos, sino honrarnos á nosotros mismos, reconociendo el honor que han hecho á nuestra raza, y mostrando que, aunque seamos débiles y pequeños, comprendemos por lo menos lo que es la verdadera grandeza y la verdadera fuerza?

Que se calle, pues, y oculte su confusión quien no se sienta capaz de asociarse á los gritos de alegría con que saludamos á cada santo, como antiguamente el pueblo judío daba la bienvenida á Judit: «Tu eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestra nación. Porque te has portado con varonil esfuerzo, la mano-

(1) Balde, *Silv.*, 9, 18 (*Renaissance* von Schrott u. Schleich, 44).

(2) Job., XXIX, 15.

(3) Tob., X, 4.

(4) Ambros., *Abraham*, 1, 6, 48.

(5) Chrysost., *Gen. hom.* 42, 5.

(6) Guarricus, *Epiphany. hom.* 2, 5.

(7) Gregor. Magn., *Mor.*, 27, 19.

(8) IV Reg., II, 12. Gregor. Magn., *Ez.*, 2, 9, 45.

del Señor te ha confortado, y por lo mismo serás bendito para siempre». (1)

3. Los santos son los más puros representantes de su pueblo y de su tiempo.—Hubo un tiempo,—y desgraciadamente fué muy largo—en que nosotros, católicos, nos creíamos obligados á defendernos, por que venerábamos á los Santos, y aun poníamos en esta defensa cierta reserva y timidez.

La causa consistía en que los honrábamos demasiado poco, y esto porque no comprendíamos suficientemente lo que los santos son realmente para nosotros.

Desde que, gracias á Dios, hemos cobrado horror á estos pactos con el espíritu del mundo, y hemos comprendido de nuevo que las cosas más criticadas por el mundo son nuestros mayores timbres de gloria, la situación bajo este aspecto se ha mejorado mucho.

Desde entonces hemos empezado poco á poco á ver por qué estamos tan profundamente adheridos á nuestros santos.

Siempre habíamos visto en ellos seres compuestos de carne y hueso como nosotros. Pero ahora nuestras miradas han penetrado más hondo, comprobando que son lo que hay de más noble entre nosotros, las flores y los frutos más hermosos del árbol de la humanidad, los representantes más puros de su pueblo y de su tiempo. (2)

También nos asombramos muchísimo de que un hecho tan evidente y tan importante para la exacta concepción de la historia de la cultura, haya podido permanecer ignorado de nosotros tanto tiempo, ya que no hay más que referirse á ellos para comprenderla.

El que conoce la historia puede comprobar que el verdadero carácter del romano, desembarazado de sus impu-

(1) Judith, XV, 10, 11.

(2) Hace ya unos 20 años que escribimos estas palabras. Desde entonces, las cosas han tomado otro rumbo; así que no se necesitaría ni exageración ni pesimismo para descubrir en lo dicho muchos reparos. Pero nada cambiamos, sino que decimos con el Apóstol: *Confidimus meliora et viciniore salutis* (Hebr., VI, 9).

rezas y ennoblecido en sus cualidades más sublimes, halló su más bella realización en las grandes joyas políticas de la Iglesia romana. San Ambrosio, San Paulino, San Benito, Gregorio el Grande, Casiodoro, Nicolás I, y quizás la más perfecta en el más grande de todos los Papas, Inocencio III.

Del mismo modo, el que piense en la majestad y dignidad de una Paula, de una Melania, de una Gala, y en la influencia de una Francisca Romana sobre la sociedad de su ciudad natal, admitirá fácilmente que la antigua Roma jamás produjo modelos tan puros y sublimes de la mujer romana como los que se encuentran en el Cristianismo.

Mientras existió el Imperio, ostentaron los santos occidentales más ó menos algo del sello grandioso del carácter romano. Dulcificaron su aspecto duro y rígido, pero no perdieron nada de su fuerza y dignidad.

Á partir del momento en que los germanos comenzaron á dominar el mundo, tomaron también los santos un carácter completamente particular. Lo que los distingue sensiblemente de los santos de los primeros tiempos es la aparición de la vida del corazón y el sentimiento de la naturaleza externa.

El que quiera comprender la Edad Media, no se dará gran trabajo si le examina en sus más puros representantes, entre los cuales hay que citar ante todo, como ideales de profundidad de corazón y de atractivo candor, á Francisco de Asís, Domingo, San Luís, Jordán de Sajonia, Enrique Susón, Hermann José, Fra Angélico, Santa Clara, Inés de Montepulciano, Catalina de Sena, Hildegarda, Gertrudis, Mechtilde.

Al lado de ellos se encuentran los representantes y predicadores de la caballería espiritual, de la vida intelectual más intensa y audaz, Alberto el Grande, Tomás de Aquino, Antonio de Padua, Bertoldo de Regensburgo, Tauler, Vicente Ferrer, Juan de Capistrano.

Finalmente, hay una tercera clase de santos que com-

pletan el cuadro de la Edad Media, porque nos muestran el lugar que ocupaba en ellos la cuestión de lo sobrenatural, en medio de una vida consagrada al arte y á la poesía, ó á los esfuerzos sublimes para resolver los más difíciles problemas del pensamiento: tales son Bruno, Norberto, Pedro Damiano, Bernardo.

Los santos de los tiempos modernos representan otra tendencia, es decir, esa universalidad, pero también esa moderación y esa juiciosa sagacidad que constituyen los caracteres del espíritu moderno.

El que piensa en San Ignacio, en Pedro Canisio, en Francisco Javier, en Carlos Borromeo, en Pío V, en José de Calasanz, comprende inmediatamente toda la diferencia que hay entre estos tiempos y la Edad Media. Pero ésta tuvo un último y magnífico reflejo en Rosa de Lima, Pedro de Alcántara, José de Cupertino, Felipe Neri y Félix de Cantalicio.

Y así como las diferentes épocas y tendencias de espíritu, hallaron su mejor representación y justificación en los santos, así también ocurrió con los diversos pueblos tomados aisladamente con sus particularidades propias.

He aquí lo que hay que considerar bien, para formular un juicio exacto, así sobre los santos, como sobre los pueblos y los tiempos.

Sin duda que la violencia de San Cipriano, el celo impetuoso de Cirilo de Alejandría y la naturaleza inquieta de Epifanio, son propias para asombrar; pero desde que reflexionamos que, en el primero, tenemos un africano, en el segundo un verdadero egipcio, y en el tercero un judío sinceramente convertido, se nos ofrecen bajo otro aspecto completamente diferente, y sus particularidades no producen ya la impresión de defectos de carácter personal.

La Iglesia no canonizaría quizás á un francés que aplastara á los enemigos de la fe con tan violenta impetuosidad y con tan espiritual inflexibilidad como San Jerónimo; pero, con relación á éste, no tuvo inconveniente alguno, porque era de raza eslava.

El rigor de esos principios germánicos que no tienen consideración alguna con la vida propia ni con la ajena, cuando se trata del honor, sino que, por lo contrario, ven el mayor honor en la salvaguardia de la lealtad, y ante todo, en la fidelidad á la fe jurada, es completamente natural para los españoles.

La susceptibilidad y la libertad de lenguaje que hallamos en San Gregorio Nacianceno y en San Juan Crisóstomo no son otra cosa que un aspecto del carácter oriental, y ofrecen pronunciado contraste con la calma y la dignidad de que es principal representante San Basilio.

Una doncella de Orleans sólo es posible en Francia. En todo caso, no podríamos representarnos en Alemania semejante fusión del amor á la patria y el entusiasmo religioso.

Así es como en la vida de cada santo vemos brillar, como en un espejo, el carácter del pueblo á que pertenece, del mismo modo que vemos reflejarse en la superficie de los lagos de un país el color de su cielo y la forma de sus montañas.

Y recíprocamente, no se comprendería gran cosa á los santos y á los hombres de Dios, si no se conociese la naturaleza del pueblo que representan.

Si queremos apreciar en su justo valor á un Duns Scotto, preciso es considerar al inglés con su predilección por las argucias en los asuntos de detalle, y por lo insoluble.

El que no ha vivido entre los irlandeses, jamás comprenderá á esos santos extraños que se llaman Colombán y Colombano. Este aspecto ha pasado inadvertido al mismo Montalembert. Pero el que conoce á *Paddy*,—hablamos del *Paddy* en el buen período de su historia, porque también tiene uno malo—por consiguiente, al *Paddy* espiritual, pronto á la réplica, versátil, jamás tranquilo, á menos de tener que discutir, nunca tan inofensivo como cuando está irritado, nunca tan amable como en las discusiones, al *Paddy* creado para sufrir, contento con sus sufrimien-

tos, con tal que pueda hablar, víctima siempre dispuesta para el que sabe usar de su fuerza para conseguir un fin, con tal que no toque á su honor, á su cabeza y á su lengua, al *Paddy* feliz en medio de sus mezquinerías incomprendibles, intratable únicamente allí donde su sentimiento caballeresco por la justicia y su amor á la patria se ven atacados, el que—lo repetimos—conoce á este *Paddy*, conoce también á estos santos, aun antes de haber leído su vida.

Colombán, el bardo, el amigo apasionado de los libros, suscita la guerra á causa de un libro, y canta salmos mientras se matan los soldados. ⁽¹⁾ Colombano, el autor de la regla monástica más mezquina que jamás se haya escrito, no podría vivir sin disputar con los obispos y los príncipes. Cadoc parte con 50 monjes, llevando todos el arma de los irlandeses, el arpa, pónese en frente de todos los tiranos, de todos los opresores, de todos los bandidos, y sólo cesa de cantar ante la promesa que hacen de renunciar á sus violencias contra el pobre pueblo. ⁽²⁾

He aquí puros irlandeses, del mismo modo que en cada línea escrita por Santa Brígida reconocemos los majestuosos fiords de Suecia, en la sed de viajes del misionero inglés, al natural de Albión, y en toda la vida de San Nicolás de Flüe, al hijo de la montaña, al ciudadano libre. ⁽³⁾

4. Los santos como medios de curación para el mundo.—Pero del mismo modo que el Cristianismo no ejerce siempre y en todas partes toda su influencia sobre los hombres, ni debe comenzar por combatir sus defectos, antes de poder obrar sobre ellos por modo bienhechor y ennobecedor, así también ha ocurrido con sus más ilustres confesores, los santos.

Con mucha frecuencia no podremos apreciarlos exactamente en todo su valor más que si los concebimos por opo-

(1) Montalembert, *Les moines d' Occident*, III, 120 y sig.

(2) *Ibid.*, III, 68.

(3) Estas cuestiones, parte también de la *psicología* natural, han sido tratadas demasiado superficialmente por Joly en su citada obra.

sición á cuanto los rodea. En este sentido, merecen particularmente el dictado que les dió el Salvador: *sal de la tierra.* ⁽¹⁾

Experimenta á veces el mundo cierta especie de estremecimiento, como cuando se arroja sal sobre un trozo de carne, cuando se acerca á los santos, aunque sólo sea en la historia y en los libros. Ello muestra cuán saludable es esta aproximación.

En su misericordiosa providencia, envía Dios cada santo para recordar al mundo su deber y sacarlo de su vida corrompida.

Desde este punto de vista, los santos, cuya vida está en flagrante contradicción con el espíritu del mundo en general, ó de su época en particular, son escogidos medios de salvación que el compasivo Médico de los pueblos ha preparado á la humanidad.

En razón de este principio, muchos hechos, considerados como singulares en la vida de los santos, pierden ese carácter extraño que tanto se complace en censurar el mundo.

Por ejemplo, aplíquese esto á esos santos que descuidan por modo chocante, en su exterior, todos nuestros refinamientos de vida, como San Juan Bautista, San Hilarión, los estilistas, ó Benito Labre. Pero que se considere únicamente la época y la gente en que estos modelos, destinados á servir de ejemplo á los demás, fueron colocados en la gran ruta de la historia. Allí donde se despliega el lujo más refinado y la más falsa civilización, allí también aparecen esos predicadores de la sencillez y de lo único necesario. Verdad es que á veces son algo rudos de aspecto, pero, á extremos tan exagerados, debe Dios oponer modelos contrarios, cuyas líneas sean perfectamente acentuadas. De otro modo, no se comprenderían sus intenciones.

De tal modo los santos elegidos para tal misión están lejos de obrar así por amor á lo extraordinario ó á la suciedad, que todo esto les repugna y piden cierta dulcificación

(1) Matth., V, 13.